

***SUCESIÓN DEL PODER EN CUBA
REPENSANDO EL ESCENARIO DEL CAMBIO***

Cecilia Bobes*

Cuando, en julio del pasado año, las cadenas noticiosas difundieron la proclama mediante la cual Fidel Castro traspasaba provisionalmente el poder a su hermano Raúl y un grupo de altos funcionarios designados expresamente para dar seguimiento a ciertos planes priorizados, se produjo –más allá del júbilo de unos y la pesadumbre de otros- una renovada expectativa acerca del fin del inmovilismo y el inicio del periodo del cambio para el sistema cubano.

En tales circunstancias, la interrogante principal refería a las posibilidades de permanencia o cambio del *status quo* y la mayor incertidumbre apuntaba hacia las condiciones y los modos en que una eventual transformación se produciría. No obstante, a pesar de los múltiples rumores y las ambiguas informaciones -oficiales y officiosas- en torno a la gravedad del estado de salud de Fidel Castro, sus más recientes apariciones públicas mostrando signos evidentes de recuperación aunado a sus intervenciones desde el periódico Granma en un debate sobre las consecuencias perversas de los biocombustibles para el planeta, comienzan a indicar la prudencia de colocar la posibilidad de un cambio de régimen en un futuro un poco más lejano.

Más allá de su recuperación, la reacción de la sociedad cubana a la enfermedad del mandatario y la transferencia del mando fue de una sorprendente tranquilidad. Tanto a nivel cotidiano como en el ámbito de las decisiones ha prevalecido la continuidad; de no ser por pequeños cambios simbólicos podría decirse que tanto el consenso como el control no han variado en lo fundamental. El primero de estos hechos parece confirmar la rutinización del carisma y su traspaso a un orden institucional que ha mostrado signos de estabilidad y el segundo que cualquier cambio que se produzca en el sistema probablemente será pacífico, y desde arriba.

* Profesora Investigadora, FLACSO México

Sin embargo, a pesar del continuismo pueden apreciarse algunas modificaciones, si no de fondo, al menos de forma y estilo. Dentro de lo que se ha modificado, no se puede dejar de notar cierta percepción generalizada de que con Raúl Castro se está produciendo y/o podría desarrollarse la sustitución de una forma de liderazgo más colegiada y colectiva que pondría fin a la forma personalizada de ejercer el poder que se ha desplegado hasta ahora. Junto con ello, no sólo por la prolongada convalecencia del Comandante sino también por el modo en que se ha manejado oficialmente las circunstancias de su enfermedad (como secreto de estado del cual no parece de buen gusto ni siquiera hablar) se ha producido su desaparición del escenario nacional. Quizás por primera vez en la historia reciente, los cubanos han podido vivir su cotidianeidad en las mismas circunstancias materiales pero sin su presencia en los medios de comunicación, movilizaciones y recepciones a dignatarios extranjeros y han visto desaparecer los interminables discursos sustituidos ahora por breves alocuciones no siempre a cargo del mismo dirigente.

A pesar de que todas las declaraciones oficiales insisten en la permanencia del modelo y en la irrevocabilidad del socialismo cubano, una amplia corriente de opinión – dentro y fuera de la Isla- insiste en percibir una inclinación hacia un viraje “a lo China” en la estrategia económica del sucesor, tomando para ello algunos indicios como la reciente convocatoria a la discusión en torno a las formas de propiedad o, simplemente el antecedente de la experiencia estimulada por él, de perfeccionamiento empresarial en las Fuerzas Armadas.

No obstante, si nos atenemos a los hechos, el caso es que lo que ha prevalecido es la continuidad. Incluso la ausencia de Fidel Castro en su versión tradicional ha demostrado la posibilidad real de reciclar esta ausencia en una fuente renovada de consenso y autoridad; las frecuentes declaraciones acerca de su participación (aún desde su lecho de enfermo) en la conducción de los principales asuntos del país confirman la sucesión factual pero no simbólica del poder. La propia convicción –que también circula en muchos medios- de que su regreso a las funciones de dirección podría ser parcial pero manteniendo un papel de autoridad moral y de árbitro de opinión para los problemas fundamentales refuerza esta conclusión.

En suma, el escenario actual apunta no sólo a que el plazo para una transición política parece que será más prolongado, sino además a que la mayor probabilidad es que

éste se produzca como resultado de un reacomodo del liderazgo que suceda tanto a Fidel como a Raúl Castro. Más que una transformación del sistema político, lo que este traspaso temporal de poderes ha puesto al desnudo y en mayúsculas es que los límites naturales de una vida humana son inexorables y que la ausencia del Comandante impone la realidad de que aunque todo permanezca inalterable ya nada es ni será igual y que un reajuste (más o menos radical) del régimen es inevitable en el largo plazo.

Tales transformaciones –si consideramos el contexto actual- han de tener lugar en un entorno internacional que también se inclina hacia una transición ordenada y pacífica. El gobierno de los Estados Unidos ha reaccionado con cautela y poniendo en evidencia sus preferencias por una solución sucesoria que garantice el orden interno y evite una migración masiva hacia las costas de la Florida. Por otra parte, en América Latina se está formando una alianza de izquierda que, cimentada en los petrodólares venezolanos, podría perfilar un apoyo económico de largo plazo a los herederos del proyecto socialista.

Por el lado interno, la permanencia del control que los acontecimientos recientes han puesto en evidencia induce a pensar en la fortaleza de la cúpula; los dirigentes cubanos han mostrado poder manejar con relativa comodidad la ausencia (temporal) de la figura de Fidel Castro manteniéndola como base permanente de legitimación simbólica. Considerando además, que el modo en que el dispositivo simbólico legitimador ha tratado la diferencia y la ausencia de espacios para el disenso ha instaurado una situación donde no existe una oposición legítimamente reconocida como interlocutor, es difícil prever un proceso de negociación interna basado en la pluralidad y la inclusión.

Desde esta perspectiva los retos principales que ha de asumir el gobierno en el futuro cercano no se encuentran localizados en el ámbito de la política sino en la sociedad. Entre ellos, el más importante dimana de la continuidad del modelo y sus consecuencias sociales; las disparidades de consumo resultantes de la división de la economía en una esfera dolarizada y otra en moneda nacional está generando no sólo un aumento de la desigualdad sino el surgimiento de grupos sociales diferenciados algunos de los cuales viven sus vidas al margen del sistema.

En este sentido, el crecimiento de la informalidad constituye una fuente de autonomía social que desafía el control a la vez que se instituye como un obstáculo y un contrapeso importante a los esfuerzos de institucionalización a los que parecen apuntar los

pasos dados en el sentido de fortalecimiento del aparato del partido (por ejemplo el restablecimiento del secretariado y el discreto declive del “grupo de apoyo”) y otras medidas. Junto con ello, la proliferación de estrategias de supervivencia –que a menudo se producen en la frontera difusa entre lo informal y lo ilegal- generan el incremento de todo tipo de ilegalidades y la generalización y naturalización de conductas delictivas de diversa índole, lo cual hace parecer muy remota una victoria en la batalla que actualmente está dando el gobierno contra la corrupción y la indisciplina social.

Esta declinación de la importancia de la legalidad coincide con fenómenos de muy larga data como la doble moral, la pérdida de valores cívicos y el arraigo de una cultura política de la intolerancia, intransigencia, falta de moderación, el rechazo al diálogo y la negociación, la tendencia a valorar positivamente la unanimidad, la falta de capacidad para el asociativismo autónomo y la imposibilidad de generar agendas movilizativas o de presión desde la sociedad hacia el estado.

En estas circunstancias, la sucesión temporal del poder no sólo aviva el interés por el cambio sino que ofrece algunos indicios importantes para repensar el modo en que éste se podría producir. A pesar de que son varios y diversos los escenarios en que una transición política en Cuba podría tener lugar, y de que no es tarea de los analistas vaticinar el futuro, lo acontecido en estos últimos meses inclina a moderar los pronósticos. Tanto las muestras de potencia que ha dado el poder como las características de la sociedad cubana muestran un panorama complejo y no demasiado favorable para el despliegue a corto plazo de la pluralidad, la diversidad y la democracia.